

El día inútil

Julián López

Este relato fue publicado en 2015 en la revista virtual Espacio Murena.

Isparra sale ahora a su balcón y muerde. Es una media mañana con el sol lejano tras los edificios y el tender de un balcón vecino muestra prendas como banderines. Isparra vuelve a morder pero esa manzana quita el hambre porque desapasiona, entonces apoya los tres cuartos sobre la baranda, es domingo.

Entre sus amistades hay plena coincidencia de que tuitear mucho no es bueno, aunque nadie, ninguno de sus amigos, lo dice.

También piensan que la humanidad se encamina hacia algo de algún modo más sutil o esencial; pasó lo mismo en Europa al promediar el XIX, pero Isparra se sienta en el piso y su aliento es el de una manzana gótica.

Va a mirar si la fruta envejece y se oxida en la altura o si cae, por efecto del azar impaciente o por un falso compás en la condenada rotación del planeta.

Ya es Chernobyl en las casas de Floresta, todo está irradiado de melancolía.

Es domingo, media mañana, el sol llega tras los edificios en ciernes que se levantan enfrados, aún llenos de agujeros. Isparra se sienta en el piso del balcón, hace un hueco con la palma de la mano derecha, lo acerca a la boca: dispara y huele.

Los tres cuartos de manzana parecen sólidos, tres cuartos de manzana en una sola pieza con la marca de dos mordidas sobre la baranda. Isparra se levanta, se asoma y mira, ¿de dónde viene el silencio?, sale del balcón, entra a la casa, sale del living, entra al baño.

Después de unos instantes de mirarse encuentra su cara en el espejo, se mira de frente mientras mea en el lavatorio. Un río casi traslúcido se despeña en esa posición perfecta. No tiene que sostenerse en la pared, no tiene que afirmar los pies, no tiene que hacer nada, dejarse estar, mirar el chorro que llega al resumidero y merodea, llena dos vueltas el surco antes de despeñarse y antes de que el sonido de la caída llegue desde la pequeña rejilla en el piso a sus espaldas, junto al inodoro, al lado del bidet.

Cuando el chorro se corta abre la canilla y deja correr el agua fría, hace un hueco con la palma derecha y junta agua como en un cuenco para repasar toda la bacha. Cuando termina levanta un poco la mano mojada con los dedos hacia abajo, deja caer lo último del agua sobre la punta de su pene que se retrae por el frío.

Una parte de Isparra se disipa, otra se vuelve contra sí. Isparra se pierde en parte. Ahora recuerda el balcón, el lugar en el que tal vez por su indolencia se encuentra con lo efímero, el lugar donde envejecen los tres cuartos de manzana y dos mordidas, el único lugar de la casa en el que tiempo cambia, constante.

Es domingo pero ya es tarde para tomar el tren a Merlo y llegar hasta la casa de Zuckerfeld, un hombre al que no ve hace años pero con el que siempre se sintió cómodo. Un amigo con el que podía estar en silencio por horas o conversar de cosas sin importancia y comer carne con sal, asada en una parrilla sobre el blanco que quedó en el verde de cuando usaban el pasto para hacer la mezcla de porlan en el fondo de esa casa del Oeste en ruinas. Una parrilla alzada sobre pedazos de ladrillos huecos en la que siempre se prometían asar algún pescado y no esos pedazos de falda gorda o esas entrañas flacas.

Es tarde para tomar el tren a Merlo y llegar hasta la casa de Zuckerfeld, un jugador de ajedrez capaz de permanecer días planeando su movida de peón, un movimiento inicial que mantuviera tan impecable el orden que terminara por desbaratarlo. Un solo movimiento, no una andanada de gestos. Un movimiento.

Zuckerfeld era un hombre lento y a Isparra eso le gustaba.

Zuckerfeld tardaba muchos años en levantar la vista para dar cuenta de algo que había estado pensando. A Isparra eso le gustaba.

Algunas veces piensa que no estaría mal saber que Zuckerfeld sigue vivo; guarda en su casilla una ristra de correos bastante absurdos con los que piensa que de verdad se comunicaban. En esa ristra hay correos que están vivos, después de tanta radiación, de tantos años, hay átomos atolondrados que se chocan unos con otros. Adentro de esa casilla hay un universo en estado, formas que vibran autónomas desde que ambos las echaron al espacio virtual por la porfía de escribir, de apretar enter.

Pero Isparra piensa que sólo necesitaría saber que Zuckerfeld sigue vivo, nada más, que sigue en Merlo y no en la casa de su hermana en Entre Ríos. Isparra no pretende noticias esperables, sólo enterarse de si sigue vivo. Sabe que más tarde o más temprano Zuckerfeld no podrá moverse solo en esa precaria casa de Merlo, sabe que tendrá que cambiar su pasto jaspeado de porlan por las cortaderas que rompen el cielo azul en las quebradas verdes de esa provincia en la que viven su hermana y el marido que consiguió antes de hacerse demasiado vieja.

Pero Isparra no piensa, salvo algunas pocas veces en las que le gustaría saber.

Deja de mirarse en el espejo en el momento en que se da cuenta de que se está mirando, baja los ojos y baja toda la cabeza, mira al piso y sale del baño, sus ojos son mejores caminadores que sus pies y casi siempre miran el camino, quizá miran más abajo.

Vuelve al living donde hay una frutera sobre la mesa, quedan dos manzanas del kilo que compró durante la semana porque las ganas de morder fruta como antes de que la fruta dejara de existir es más fuerte que la decepción de morder la fruta que ahora existe. Isparra dejó tres cuartos de manzana sobre la baranda del balcón en la media mañana de un domingo en el que se fisuró la central atómica de cada cuarto de cada casa de cada manzana de Floresta.

La soledad estalló muda, como una irradiación que deforma a los que se quedaron tras los muebles porque pensaron que las cosas podrían protegerlos y compraron artefactos y modulares y se endeudaron para estar atados a alguna cosa que evitara que se los llevara la corriente. Cada mes un pequeño tronco para evitar el abrazo del río.

Pero la soledad florece y deja todo quieto como en la ciudad del reactor soviético, todo impecable, sólo una capa finísima de un polvillo extraño se posa sobre las cosas. La soledad está en los átomos detrás del sillón y en la brisa que nadie advierte en el interior del bargueño, bajo la silla otomana y más allá de la colita de borlas de seda color vino, de la alfombra en el vestíbulo, antes de la lámpara que sigue iluminando la entrada a la casa.

Isparra casi nunca manejó sin estar borracho, conducía una camioneta celeste durante los largos veranos entre los 11 y los 17 en el campito familiar cerca de Monte Hermoso. A Isparra lo dejaban la mayor parte de la temporada solo, al amparo del aire y del horizonte con algunas vacas y con algunas torres de alta tensión desperdigadas. A Isparra lo dejaban solo, para temprar un carácter que la familia desconocía.

Comenzó a beber entonces y a manejar la camioneta, antes de que su tío la vendiera por antigua, antes de que la energía nuclear tuviera salas con elementos extrañísimos en los hospitales.

Nunca manejó sin estar borracho, algunas noches le encantaba beber y salir a la ruta, apagaba las luces de la Chevrolet y se metía a campo traviesa en una oscuridad por la que se dejaba tragar, una boa lenta y negra en la que confiaba como en nada.

Isparra recuerda el aire en los pies mientras conducía el vehículo celeste, descalzo sobre el freno, a oscuras, aprendió a estar consigo.

Pero ahora es domingo y el sol ya dejó los cofres de madera ordinaria que se levantan más allá de las últimas lozas de lo construido. Ahora es domingo y sus amigos se juntan para echar sobre las parrillas carne con sal y para tomar vino, para divertirse.

Él envejece, no escucha música, hace años no va al cine.

De su último amor guarda decepción y orgullo: una mujer mayor que él y llena de blanduras que le encantaba pero de la que terminó por alejarse debido a una sensación extraña. Isparra y ella parecían envejecer mientras sus amigos se volvían cada vez más jóvenes y comentaban que la hija de la mujer parecía abalanzarse demasiado pronto sobre un cuerpo de pezones turgentes.

Isparra cree que eso no era verdad, cree que eso era solamente calentura, pero quizá por esos comentarios comenzó a notar que su mujer se sentía vieja. La mujer era apenas unos años mayor que él y sus amigos, tal vez 10, tal vez menos. A Isparra le encantaba.

Al principio dejó que las cosas siguieran su curso porque pensó que más tarde encontrarían cauce, pero la mujer empezó a hablar de sus párpados caídos y él

empezó a deambular adentro de sí mismo, perdido, sin saber.

No puede precisarlo pero después de un tiempo notó que su mujer traía a su hija a las conversaciones, que cada vez invitaba su imagen más seguido y que todo lo hacía frente a él, como una forma de asegurar a su hombre, de volverse apetecible ante sus ojos.

No le incomodaba tanto esa oferta secreta como la idea de que su mujer lo convidara con un plato que él no prefería. A él gustaban las nalgas flojas de esa mujer, que caían una sobre otra cuando descansaban desnudos en la cama, en esas sesiones de sexo tan liviano y de sueño, de caricias largas. Pero la mujer de Isparra se amargaba y terminó por abandonarlo mucho antes de que él cortara la relación y juntara sus cosas para marcharse.

Isparra envejece y está solo, no escucha música y extraña sin saberlo el siglo XX, extraña el cine y el invierno sobre todo, sobre todo la vida en los bares, sobre todo los diarios. Isparra envejece y sus amigos perfeccionan la satisfacción y las casas afuera de la ciudad; hace años dejaron de invitarlo a sus almuerzos porque detesta las películas, desprecia los diarios y no escucha música, aunque lo consideran como a un hombre sensible, tal vez un poco complicado.

Isparra levanta la cabeza y levanta la mirada, camina unos pasos para enfrentarse al ventanal del balcón, los tres cuartos de manzana y dos mordidas siguen sobre la baranda, se oxidan pero siguen ahí; él mismo sigue ahí, mirando cómo levanta la cabeza y la mirada en medio del living.

Desde ahí parece percibir que sus anteriores pasos dejaron una huella lábil que se esfuma a los segundos. Desde la baranda siente vértigo pero confía en la condenada rotación y confía en el azar, sonrío imperceptible: se ve, Isparra se ve, está ahí, con dos mordidas y en pedazos, en el living sobre la baranda. Isparra está ahí.

Es domingo y tal vez ya sea tarde, de haber planificado algo tendría que haber meado un poco más tonante y sobre el inodoro, tendría que haberse duchado, tendría que haber masticado la manzana y haber pasado por el balcón pero sin sentarse.

Es domingo y es tarde, el sol ya es una luz difusa que viene no se sabe bien de dónde, podría ser de una irradiación atómica que se posa sobre todo desde el cielo, algo que lo perfora todo y que lo hiere. Pero Isparra se vio, por fin.

Decide irse a caminar, dejar su casa y salir a la calle; es domingo y las cuadras de Floresta están irradiadas como las cosas quietas, como los juguetes tumbados y las prendas como banderines que alguien olvidó en el tender en una casa contigua en Chernobyl.

Isparra sale a caminar y piensa en su condición efímera, en el modo de apoyar los pies al caminar. Piensa en que el silencio tal vez salga de adentro de un hombre en el cuarto de una de esas casas, que lo irradia, atómico, un silenciero.

Camina sobre las veredas anchas de Floresta con plátanos corpulentos parados en el medio y palos borrachos que vienen de los patios. Isparra piensa en el silencio y en la condición efímera, se agarra fuerte de esa baranda, de los que no son familia pero lo sostienen.

Isparra camina entre los frutos inservibles de los paraísos, en una ciudad en la que ya no hay baldíos.